

# Palabras del Cnel. (Av.) (R) Rúben Aquines

Conmemoración del Día del Retirado.

Fecha: 6 de noviembre de 2025.

Señor Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea Uruguaya, General del Aire Fernando Colina, permítame en su nombre saludar a todos los aquí presentes.

Surcaban ágiles pájaros de acero en el cielo, cuando en el alba de nuestra adolescencia comprendimos el legado de nuestra vocación.

Cambiamos la inocencia de la túnica blanca y moña azul, por el juramento solemne de la más sagrada y devota entrega que un soldado del aire puede brindar por su nación... la vida. Aquellos juegos colmados de fantasías en aviones de papel se transformaron en sangre, sudor y lágrimas, para poder enérgicamente gritar que ya éramos... “Cadetes del aire”, y “caballeros del azul”. Decolamos hacia la etapa más orgullosa de nuestros sueños, en esta forma de vivir y sentir que se llama Fuerza Aérea Uruguaya.

En un febrero comenzó el vuelo de nuestras vidas, caminamos hacia la Escuela Militar de Aeronáutica con valijas llenas de incertidumbres y al colocar nuestras manos en el portón de la tronera, fiel compañera de tantas guardias, nos recibió con el calor del verano fundiendo nuestra mano a la misma, tomando así nuestras huellas para siempre. Cada uno de nosotros tiene un espacio en ella, huellas cinceladas en frío y calor, de servicios y licencias, de sacrificios y renunciamentos, huellas que atestiguan nuestro pasar, nuestra historia y nuestros sueños.

En esa primavera militar comenzamos a volar nuestra misión aérea de más de 36 años, más de 2.500 horas de vuelo y más de 320.000 horas del alma, decolando en la vieja pista 18-36 para embriagarnos de los colores de nuestro Pabellón Nacional, cielo azul celeste que la palestra caprichosa del destino tornó el mismo en incontables tonos y luces posibles, para que los vientos llevaran nuestra aeronave por cada uno de los paisajes de nuestra vida.

En el verano de nuestra profesión aceptamos la invitación de Ícaro a volar, alquimia perfecta de alma y pasión. De la estela de sus alas tomamos el curso, de su energía dimos nuestra potencia, pero esta vez su padre Dédalo nos transmitió al oído, cual susurro al viento, los peligros a respetar. Nuestro uniforme entonces fue consagrado para ser nuestro credo, nacido para ser nuestro mejor manual de vuelo y así seguir su religión. Volar alto, pero sin llegar al sol, por lo cual simbolizamos en nuestras gorras el astro rey del escudo nacional para que nuestra conciencia no nos permita quemar nuestras alas. Volar bajo, pero sin tocar las olas, por lo cual nuestro uniforme en azul marino nos hace recordar que la altitud segura impide que se mojen nuestras alas. Volar siempre en el celeste de nuestro cielo, por el cual cubrimos con la camisa el corazón, para que sus latidos sean el paso a seguir en el desfile de nuestra profesión. Contemplamos la compañía de desfile del Cuerpo de

Alumnos y la alegoría funciona totalmente, aceitada entre pistones y bielas. Su gorra blanca para que no permita volar más arriba de las nubes, sus botones dorados como el sol para iluminar sus maniobras y finalmente su pechera celeste para cruzar el cielo con la mejor meteorología posible.

Hoy, en el otoño de nuestra carrera, los pasos en relantí abren un nuevo camino de hojas color cobre, que se transforman en nuevas ilusiones con el viento a favor de nuestros recuerdos perennes. Esa memoria colectiva de nuestras historias aún tiene sus ecos en esta Base Aérea General Artigas, cuando no hace tanto tiempo despertábamos la curiosidad de nuestros pioneros, los cuales desde alguna sombra o ventana eran testigos y jueces de nuestro sacrificio. Como olvidar el momento tan sublime de cuando el aterrizaje de nuestras botas de cuero en la pista de esta plaza de armas, provocaban un eco tan inmenso como si fueran miles de motores en cada rincón de esta querida Escuela. Solo en esa fragua espiritual, de ese retumbar diáfano de la formación de cadetes que se convertía en melodía pura para el oído del instructor, podíamos acaparar la atención de ese ladero invisible, que siempre estuvo, que siempre estará. Solo los que hicimos de este lugar nuestro segundo hogar podemos entenderlo. Alimentamos la idea irracional que somos la juventud selecta de nuestro país por siempre, ya que en este lugar ellos nos protegieron. No tienen nombre, son todos y ninguno, pero están. El soldado que despertaba al tero de combate en la noche de tantos rondines para mantenernos en alerta, el oficial que reglaba nuestros pasos en estricta disciplina para no cometer faltas, la mano que nos empujaba para llegar a las marcas cuando el cuerpo parecía no resistir y el instructor que nos acompañaba en nuestros vuelos solos para ayudarnos a regresar y contactar con Artigas Torre. Siempre tuvimos al mando de nuestra aeronave, pero también ellos corrieron las nubes cuando no divisábamos el aeródromo, soplaron más que el viento para que no perdiéramos nuestra sustentación, y lucharon contra tormentas para que pudiéramos con nuestro ILS llegar a casa.

La imaginación y el alma convocan la mirada inmortal de los primeros Cadetes del Curso de Aeronáutica del 27 de marzo de 1941, quienes hacen la guardia de honor al descanso eterno de nuestro primer Director, convocan a las plataformas de combate de nuestros más caros precursores, héroes desde 1913 en aviones de madera y tela, en pistones y hélices, en turbinas y álabes, todos integrantes de la Escuadrilla del Silencio para la custodia de los cielos de nuestro prócer, la cual es comandada por el más valiente de todos, el General Cesáreo Leonardo Berisso Pascal. Hoy a 138 años de su nacimiento rendimos homenaje, soñamos despiertos su gesta y hazaña, orgullosos de ser sus alumnos eternos siguiendo la estela de su estrella.

En todo ese recuerdo las garras de un invierno también nos alcanzó, abuelos, madres, padres, compañeros y seres queridos siguieron el destino de la vida en otros rumbos y en otras alturas, y hacia ellos nuestros latidos más amados en agradecimiento por tantos abrazos eternos. Estuvieron en esa primavera y verano de nuestra carrera y nos acompañan en este otoño desde alguna nube junto al palpitar más importante de la Fuerza Aérea Uruguaya, la familia.

Por lo tanto, nuestro más sentido agradecimiento a las familias por ser nuestro apoyo incondicional, nuestra pasión y fortaleza, nuestro hogar y oasis, nuestros amores y sentimientos. Gracias por darnos la mejor versión de nosotros mismos, encarnados en el tesoro de nuestros hijos por lo cual seguiremos siendo por siempre jóvenes a través de sus experiencias.

Gracias a nuestros jefes por mantener nuestra “mente clara y pulso firme”.

Gracias a nuestros instructores por enseñarnos “a escalar con nuestras alas los peldaños de la luz” con “ardiente pecho y motor”.

Gracias a nuestros subalternos, que serán nuestro legado más importante, el arte de nuestra cosecha, el eslabón más perfecto de nuestra interminable cadena, el soldado abnegado al que le entregamos nuestro fusil y nos releva en la defensa de la nación, el ladero que se convertirá en el guía de la formación cuando la experiencia y madurez les haga entender que todos los desvelos y sacrificios fueron en el bien de nuestra institución, persiguiendo nuestras cualidades más sagradas de integridad, servicio y excelencia. Son innumerables los consejos que queremos darles, pero por sobretodo recuerden dos cosas: la cualidad más preciada de un militar es la subordinación, y nunca, nunca dejen de estirar las manos ya que la posición de firmes fue la primera lección que nos enseñaron, y algún día entenderán que es un símbolo muy potente, que los ayudará a elegir siempre el camino correcto aunque sea el más difícil. Ustedes son el horizonte y la brisa que nos llevará más alto y más veloz, son la savia y el combustible, son el futuro que mantendrán volando las alas de la patria.

Hace instantes por última vez volamos en el Romeo 5, divisamos las pistas que ahora se llaman 01-19, pero que igualmente nos siguen llevando a los brazos de un aterrizaje seguro, rodamos por el taxi mientras nos abren las puertas de la planchada que comanda el Capitán Juan Manuel Boiso Lanza, y mientras caminamos hacia esta plaza de armas, hacemos saludo militar y vista a la derecha hacia el busto en su memoria, para que autorice el apagado de motores de estos Señores Oficiales Superiores que a partir de ahora estarán integrando la reserva aérea, plegando sus alas a la espera del llamado de la Patria.

Artigas Torre, Escuadrilla Águilas Negras y Agresores.

Escuadrilla Águilas Negras y Agresores, Artigas Torre prosiga.

Gracias Fuerza Aérea Uruguay por permitirnos ser “los aviadores de Artigas que viven más cerca del sol”, gracias por todo y por tanto.

Frecuencia.